

Diferenz

Revista internacional de estudios heideggerianos y sus derivas contemporáneas

AÑO 9, NÚMERO 8: JULIO DE 2022. ISSN 2695-9011 - e-ISSN: 2386-4877 - DOI: 10.12795/Diferenz.2022.i08.14

[pp. 195-199]

Recibido: 07/02/2022

Aceptado: 08/03/2022

AMARÍS DUARTE, Olga (2021). *Una poética del exilio, Hannah Arendt y María Zambrano*. Barcelona: Herder, 319 pps.

María Ascensión Marcelino Díaz

Universidad de Cádiz

¿Qué tienen en común una teórica política alemana que no quiere ser calificada de filósofa y una filósofa española que se consideraba más filósofo que filósofa? ¿Es posible construir un nexo entre ambas? Olga Amarís Duarte propone en *Una poética del exilio. Hannah Arendt y María Zambrano*, una discusión, una conversación ficticia entre dos intelectuales: una de las figuras más destacadas de la filosofía española del siglo XX, María Zambrano, que partiendo del raciovitalismo de Ortega y Gasset, desarrolla la razón poética y se aproxima a nuevos universos nunca transitados por su maestro. Y por otro lado, Hannah Arendt, cuyo pensamiento original sobre la filosofía y la política, la convierten en una de las pensadoras más importantes de la actualidad. A través del estudio exhaustivo de la trayectoria intelectual y vital de cada una de ellas, nuestra autora encuentra un punto en común, un gozne que provoca el ensamble entre dos voces que dan cuenta, cada una desde la realidad de su propia experiencia individual, de lo que significa el abandono de una habitación propia y del emprendimiento de un éxodo cuya línea del horizonte solo se clarifica en el momento de la rememoración y del *a posteriori*.

Las audaces reflexiones de Arendt provocan estupor, pero también propician una visión más amplia del alcance del fenómeno del exilio y proporcionan, por ende, una

hermenéutica del encuentro cuya razón de ser puede permutar la cerrazón, la pérdida, y el dolor por el cambio, la aceptación o la pluralidad en una sociedad en la que convivir y no sobrevivir sea sustantivo y no accidental. En esta unión de voces colocadas diatónicamente, las biografías de Zambrano y Arendt nos acercan a mujeres que son hijas de su tiempo. Nunca se encontraron ni se conocieron aunque podrían haber coincidido puesto que estuvieron en París en 1969. ¿Es posible imaginar un encuentro entre las dos, sentadas, por ejemplo, en el andén de una estación de tren hablando de lo que les ocurre o ha ocurrido? Si así hubiera sido ¿de qué habrían hablado?

En este ensayo de lenguaje fluido, poético a veces y lleno de evocaciones y metáforas, Amarís Duarte ficciona un encuentro que aun habiendo sido posible, nunca tuvo lugar. A través de una lectura exhaustiva de un trabajo que en su origen fue una tesis doctoral, hallamos elementos de sobra para meditar sobre nuestro presente, tan parecido en algunos aspectos a ese tiempo donde miles de personas tuvieron que abandonar sus hogares por mor de guerras fratricidas y holocaustos. En nuestros días, setenta millones de desplazados forzados, afganos, palestinos, sirios, iraquíes, sudaneses, colombianos, transitan por el globo terráqueo arrastrando sus pocas pertenencias en un viaje a ninguna parte, en busca de un lugar amigo donde seguir siendo y haciendo. El anclaje a otro espacio, a otro idioma, sin perderse en el proceso de asimilación, ser extranjero, huésped o refugiado, incluso podríamos añadir, inmigrante, sin tener que renunciar a la cultura de procedencia, sin vergüenza por ser un apátrida, adaptarse al país de acogida sin tener que olvidar la palabra originaria materna, son algunas de las ideas que giran por este estudio comparativo de las obras de Arendt y Zambrano, que finalmente desembocan en una visión del exilio como una oportunidad para reconducir o reconstruir un mundo más allá de las fronteras.

Amarís Duarte hace evidentes los parecidos razonables entre las dos y lo que las distingue, se articulan alrededor de nociones como lo común y lo propio, la vida desnuda (el exiliado queda despojado de su persona jurídica), la razón poética de Zambrano, la imaginación creadora de Arendt. Más mística la una, sin dejar atrás su lado más político, lectora de todos los libros, la otra, capaz de recitar de memoria cientos de poemas clásicos, ambas son hijas de clase media acomodada, con biblioteca en casa, con un sentido de la amistad de raigambre aristotélica, enfermizas en su niñez y juventud, enamoradizas, viajes de la infancia y juventud que las marcan y preparan para lo que habrá de venir, Málaga-Vélez, Madrid, Segovia, Hannover, Königsberg, Berlín, mentores con los que posteriormente rompen, la teoría y la incesante lucha por la justicia y por el bien. La política separa definitivamente a Zambrano de Ortega como Arendt lo haría de Heidegger. Vidas paralelas en ciertos aspectos que tal vez podríamos leer con imaginación cuántica.

En el mismo tiempo, en lugares distintos, Arendt podría haber sido la Zambrano española y Zambrano la Arendt alemana.

Cada una a su manera escribe sobre la diáspora: el paria consciente de sí, del amor al mundo, en el caso de Arendt o de la palabra de la razón poética, de la transformación del exilio y sus revelaciones, en el de Zambrano. El cordero sacrificial que ofrece esta última en sus *análisis mundi* metaforizan la pérdida, la muerte, el horror del holocausto, de la guerra civil, el inocente arrojado a la tumba, el movimiento transfronterizo, la nueva fraternidad, la república de los amigos en Arendt, la tierra que se abre a veces hostil a los pasos del extranjero o de la extranjera que busca el camino a una vida digna, el descenso a los infiernos y la reapertura a la aurora o a un nuevo amanecer, en otra parte, que no está en ninguna, solo en el corazón y en la memoria donde no habite el olvido.

Interesante por otra parte, la aclaración de Amarís en el apartado tres del capítulo uno (“La condición de mujer”) cuando afirma que ninguna de las dos se consideraron feministas, de la posible androginia de Arendt señalada por Julia Kristeva y la alusión al transgenerismo de Zambrano marcado por su heterónima Antígona. Esto nos permite pensar que nuestra autora puede querer dejar una puerta abierta para futuras discusiones, como cuando acerca a ambas autoras al posmodernismo.

El exilio es destierro, huida, el abandono de un lugar propio para llegar como refugiado a otro distinto. Es tragedia porque la experiencia del expatriado se convierte en múltiples muertes pequeñas para volver a nacer en campos o centros de acogida donde las particularidades de cada individuo se dirimen y diluyen en la invisibilidad de cientos de personas desarraigadas provenientes de múltiples emplazamientos y culturas. En su ensayo, Olga Amarís Duarte, doctora en filosofía por la Universidad Ludwig-Maximilians de Munich, licenciada en traducción e interpretación por la Universidad Complutense de Madrid y residente en Alemania desde hace años, narra la historia de dos pensadoras indispensables del siglo XX, María Zambrano y Hannah Arendt, inmersas en sus propias experiencias de alejamiento obligado de sus lugares de origen. Estructurado en cuatro grandes apartados, cada uno de ellos dividido a su vez en diversos subapartados que disponen y articulan la conversación entre estas dos eruditas, el libro muestra dos formas propias y genuinas de pensar la diáspora, de ser y de estar, con sus diferencias y sus similitudes, y sobre todo, ofreciendo un contrapunto, como lo califica su autora, a semejanza de una combinación armoniosa de voces contrapuestas o al arte de conjuntar varias melodías diferentes. Después de la comparativa introductoria sobre ambas pensadoras, “Dos vidas en contrapunto”, el segundo apartado está dedicado totalmente a Hannah Arendt: su exilio, que divide en dos etapas, una Arendt sin papeles desde 1933 hasta 1951 y una segunda cuando consigue la nacionalidad norteamericana a partir de esa

fecha. Su detención, sus golpes de suerte, su astucia e inteligencia para salir de manera airoso de situaciones especialmente difíciles nos indican que Arendt era una mujer de acción, como muestra también su relación con las organizaciones sionistas y sus artículos nada complacientes en el periódico *New Yorker* en relación al proceso de Adolf Eichmann. En Estado Unidos renace a una nueva realidad política donde proclamar su “derecho a tener derechos” y poder hablar públicamente sin ser represaliada por ello, participar de la *res pública*, porque la política sin libertad no es viable. Su procedencia judía, siendo natural en su infancia y adolescencia, la convirtieron en algo excepcional con la llegada del nacionalsocialismo.

El tercer capítulo, “El exilio de María Zambrano”, nos parece doblemente dramático. Esa memoria suya que lo guarda todo sin omitir ni la hora ni el día, la Francia de 1939, sus dificultades para expresarse y hacerse entender, su madre, su hermana Araceli, su viaje liberador hacia América del Sur, México, Cuba, Puerto Rico, sus esperanzas truncadas de ser docente en la universidad de Puerto Rico por su pasado comunista, su vuelta a Europa, Francia, Roma, la cabaña en el Jura francés donde escribe sus obras más conocidas, retirada del mundanal ruido como había hecho por su parte Heidegger en la Selva Negra. María Zambrano no era mundana como Arendt, no vivía la vida activa y bulliciosa de Nueva York, sus recursos económicos fueron exiguos, su talento y sensibilidad poética, al contrario, abundantes. Este apartado del libro es especialmente delicado e íntimo, tal vez en consonancia con la propia mística y poética de Zambrano con la que parece mimetizarse la escritura de nuestra autora, que despierta la empatía de quien la lee sin pretenderlo. Imaginamos a una mujer estudiosa, curiosa, indagando en lo que le rodea, tratando de desentrañar el misterio del mundo a través de acercamientos al mundo griego, al sufismo, al taoísmo, al hinduismo y a la mística cristiana. En una Zambrano en constante tránsito, yendo de un lugar a otro, se pergeña realmente la figura de la exiliada que como una Ulises en una odisea que dura cuarenta y cinco años, retorna a España traída por un grupo de jóvenes entusiastas que abogan para que la filósofa vuelva a su país de origen y pueda vivir sus años de vejez entre los suyos y con cierta holgura económica hasta su muerte. Ya para entonces, Arendt había muerto muchos años antes, en 1975, rodeada de sus innumerables amistades, tan diferente a Zambrano pero tan similar a ella, sin embargo.

El último de los apartados, “Creando un mundo nuevo en tiempos de oscuridad”, es una conclusión optimista que le da la vuelta a la lectura negativa del exilio para convertirlo en una oportunidad de mejora social siempre que los acontecimientos sean reflexionados. Lo que podemos aprender de ambas filósofas, señala Amarís, es “el descubrimiento del antídoto que subyace en toda época de conmoción social y moral” (p. 269).

